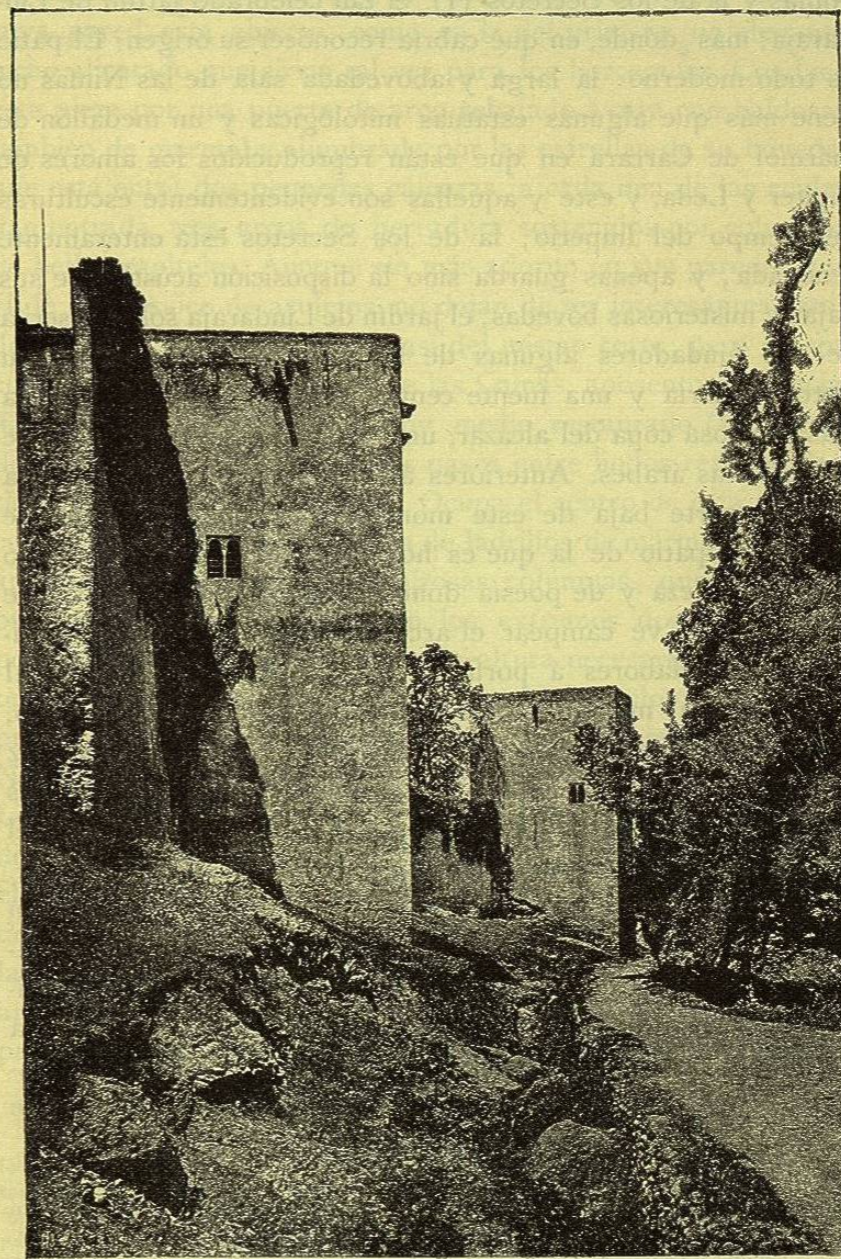


objeto quebrantaron aquí los árabes una de las leyes más capitales dictadas por el islamismo: mas ¿no sería fácil suponer que el incesante roce que tuvieron con los cristianos durante la última época de su dominación en España, el deseo de adular á príncipes que después de haber salvado el imperio estaban levantando uno de los más grandiosos monumentos que había á la sazón en Europa, y sobre todo lo corrompidas que estaban entre ellos las creencias muzlímicas, atacadas á cada paso por nuevas sectas, habían de dar margen á que torciéndose la interpretación de aquel precepto, se lo quebrantase por más ó menos frívolos motivos? Púsose leones en la fuente del patio bajo el pretexto de que simbolizarían á los guerreros que acompañaron á Alhamar y recibieron de su generosa mano dones tan abundantes como las aguas: ¿por qué no se ha de poder aceptar estas pinturas como símbolos ó cuando menos como alegorías?

Hay aún otras salas, otras bellezas monumentales en la Alhambra; pero aisladas ya y perdidas entre creaciones heterogéneas debidas á otros hombres y otros siglos. Éntrase por el salón de Embajadores en una estrecha galería que conduce al cuarto de las Frutas, al de la Estufa y á ese hermoso Tocador de la Reina en que habitaron tantas princesas y se inspiraron tantos poetas: ¿qué cabe observar ya en todos, del tiempo de los árabes? Techumbres ricamente entalladas y algunas columnas de mármol en la galería; muy poco ó nada en los demás cuartos, cuyo mérito no constituyen hoy sino bellas pinturas al fresco, hechas unas en el reinado del Emperador y otras en el del rey Felipe V. Quédanle aún al Tocador sus deliciosas perspectivas, quédanle esos amenos paisajes desarrollados incesantemente ante sus arcos por el monte, la ciudad y el río, quédanle sus alrededores pintorescos: nada más le queda. Todo está hoy restaurado y desconocido. Subsisten aún en la parte inferior del monumento el patio de la Reja (1), la sala de las

(1) Llámase así este patio por conservarse en él una reja de hierro con pilas-tras jónicas. Hay quien cree que ella y el cuarto contiguo sirvieron de cárcel á la



ALHAMBRA. — TORRES DE LAS INFANTAS Y DE LA CAUTIVA

Ninfas y la de los Secretos (1), el tan celebrado jardín de Lindaraja; mas ¿dónde, en qué cabría reconocer su origen? El patio es todo moderno: la larga y abovedada sala de las Ninfas no tiene más que algunas estatuas mitológicas y un medallón de mármol de Carrara en que están reproducidos los amores de Júpiter y Leda, y este y aquellas son evidentemente esculturas del tiempo del Imperio; la de los Secretos está enteramente renovada, y apenas guarda sino la disposición acústica de sus bajas y misteriosas bóvedas; el jardín de Lindaraja sólo conserva de sus fundadores algunas de las columnas que sostienen su vistosa galería y una fuente central de cuyo mar se levanta la más graciosa copa del alcázar, una concha escamosa, orlada de bellas letras árabes. Anteriores á la conquista no se conserva ya en la parte baja de este monumento más que las salas de Baños y el patio de la que es hoy casa del Gobernador, patio lleno de belleza y de poesía donde al través del arco ojival de herradura se ve campear el arco dentellado. Están allí multiplicadas las labores á porfía, y adornan la pared meridional dinteles á cual más soberbios, bellísimos cuadros de entrelazo, graciosas rosetas circuídas de motes árabes, uno que otro ajimez sostenido por ligeras columnas, cornisas escociadas cubiertas de caracteres africanos, delicadísimos filetes en que descansa el más suntuoso alero que pudo llegar á esculpir el cincel árabe. Están muy restauradas las salas de los Baños y las siguen restaurando; pero conservan su carácter oriental y llaman vivamente la atención de los artistas. Es la primera y la más meridional un cuadrilongo con pavimento de mármol y bóveda estrellada, en cuyos extremos abren paso dos arcos de herradura, el uno á un espacioso baño, el otro á un alhamí casi de

reina sultana después de calumniada por los zegríes; mas destruyen esta opinión las noticias que existen de haber sido hecha y colocada la reja en 1639.

(1) Tiene esta sala en cada ángulo un tubo, al cual si se aplica el oído, se oye perfectamente lo que se dice en el ángulo opuesto, por baja que sea la voz con que se pronuncien las palabras. Á esto debe el ser llamada sala de los Secretos.

las mismas dimensiones que la sala, donde se ve otro baño en cuya pared está abierto, como en la del primero, un elegante nicho alicatado que sirvió tal vez para los borceguíes. Conduce esta pieza por una puerta de arco rebajado á otra con baldosas también de mármol y alumbrada por las estrellas de su bóveda, que está entre dos pequeñas cámaras, á cada una de las cuales dan entrada tres arcos de herradura sostenidos por columnas de bellos capiteles. Aunque sin más adorno en sus paredes que el de su mosaico de azulejos, no dejan de ser interesantes estos dos cuartos y el inmediato, casi del mismo corte; pero no son comparables con el Cuarto de las Camas, aposento desgraciadamente muy destruído y hoy medio restaurado (1), al cual debe el observador dirigir sus pasos entre lindos retretes destinados al parecer á los niños. Ocupa el centro de esta sala un cuadro compuesto de una línea de ladrillos de mármol en cuyos ángulos se levantan cuatro airosas columnas, que sostienen otros tantos arcos. Figuran en los extremos dos alhamíes de poca profundidad cegados hasta la altura necesaria para que el terraplén pueda servir de cama, y en cada ángulo del muro una puerta de arco dentellado, que conduce á las piezas interiores. Nichos, paredes, pavimento, todo está profusamente adornado. Lo que no cubren los relieves de estuco lo cubren los mosaicos de azulejos que ostentan sus hermosas combinaciones hasta en el mismo suelo; embutidos de rica tracería decoran los techos de los corredores; calados á cual más caprichosos constituyen las enjutas de los arcos; una fuente de que aún quedan vestigios arrojó un día sus aguas entre las columnas. Álzase sobre este primer cuerpo una galería también cuadrada, entre cuyos diez

(1) Sufrieron mucho estas salas cuando el incendio de la pólvora, pues, según la relación citada, no sólo se rompieron los cristales de las bóvedas, sino que también cayó parte de la yesería y vinieron abajo muchas de las puertas; pero no fué entonces cuando más padeció este Cuarto de las Camas, sino en Enero de 1804, en que D. Pedro Belinchón comunica á la Junta de Obras y Bosques la noticia de haberse hundido parte de la pared y el techo. Este hundimiento es el que se está reparando.

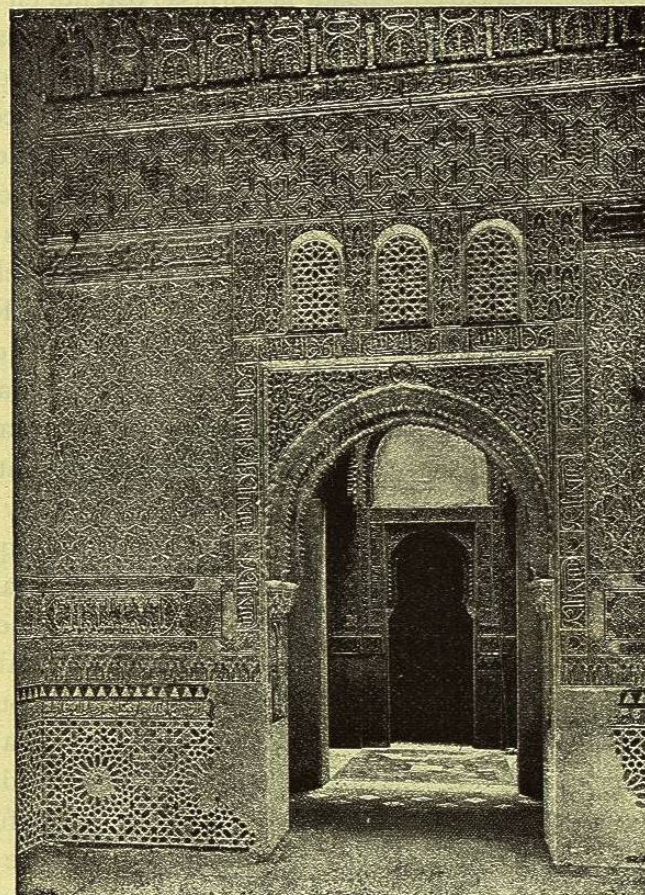
y seis arcos corre todavía una baranda de madera; sobre la galería una línea de ventanas cubiertas de complicadas celosías, sobre las ventanas una techumbre artesonada que están revisitando ahora de sus antiguos dorados y colores. No hay ya páginas monumentales parecidas á las de ese Cuarto de las Camas: apenas es comparable con él ni la misma capilla del Alcázar, cuadrilongo dividido en tres naves por cuatro columnas de base romana y capitel pintado (1), sobre cuyos abacos descansan magníficas repisas que sostienen un techo diestramente esculpido. Están las paredes alicatadas y cubiertas de estuco, adornadas de graciosas molduras las columnas, tallados con limpieza y gracia los entrelazos y estrellas que decoran la techumbre; pero no presenta ni la homogeneidad ni la armonía á que en aquella contribuyen hasta las mismas obras de los restauradores (2).

Para descubrir otras bellezas árabes es preciso salir del interior de este palacio, recorrer algunas de las torres que constitúan su fortaleza y visitar las ruinas del vecino Generalife, sentado en una de las vertientes de la Silla del Moro, no lejos del lugar donde brillaron en otro tiempo los Alijares y la casa real de Darlaroca. La torre de la Cautiva, y sobre todo la de las Infantas, encierran aún salas bellísimas que rivalizan con muchas de las que llevamos descritas, si no por sus dimensiones ni por la riqueza de sus colores, por su gentil disposición, por lo caprichoso de sus almocarabes y por sus altas techumbres de tracería, cuyas entrelazadas figuras geométricas se ocultan á los ojos del que las contempla desde el suelo. No es ya la de las Infantas, como en otro tiempo, un tesoro inagotable de primores árabes: está muy restaurada, algún tanto caída, medio

(1) Dos de estos capiteles, los del coro, fueron pintados y dorados en 1631 por Juan Rodríguez del Prado.

(2) La restauración de estos aposentos debida al Sr. Contreras es acertada y magnífica. Nada hay en ellos que no esté en armonía con el carácter de la arquitectura árabe ni el del monumento.

desnuda de sus antiguas labores, ahumada, perdida; pero hasta su mismo estado de deterioro la reviste de cierta poesía que hace observar con mayor interés la sencilla bóveda estalactítica



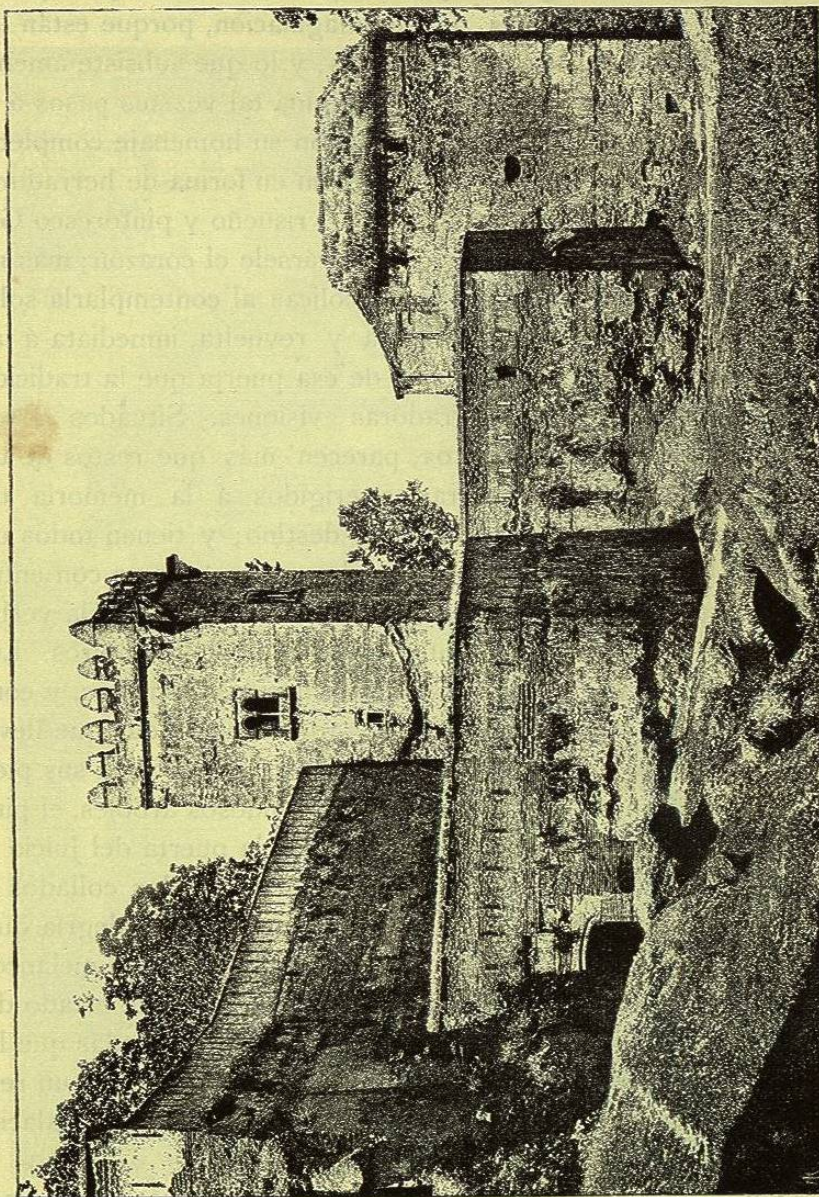
ALHAMBRA. — INTERIOR DE LA TORRE DE LAS INFANTAS

de su vestíbulo, los ajimeces de doble arco abiertos sobre la sala central, las hermosas puertas que conducen á sus aposentos y sus graciosos alhamíes, algunos cerrados por estrelladas cúpulas. Tiene actualmente más luz y respira mucha mayor

alegría la de la Cautiva (1), á cuyo pié extiende sus frondosas ramas un árbol que lleva origen del mismo día en que Granada salió del cautiverio que le impusieron los franceses: conserva más limpios sus alicatados y sus relieves de estuco que cubren sin interrupción sus paredes hasta la cornisa; ostenta en algunas partes mayor magnificencia; y es, sin embargo, más fría, habla menos á la imaginación, despierta menos ideas y menos sentimientos, excita menos esa mezcla de placer y de melancolía que hace doblar sobre el pecho la cabeza del viajero y le tiene más embelesado que atento, menos entregado á la observación que sumido en meditación profunda. Después de los cuartos interiores de la Alhambra no hay conjunto más bello que el de esa torre de las Infantas: no lo hay ni aun en esa misma Rauda ó panteón de los reyes árabes, del cual no existe mas que una estancia sin adornos cubierta por la más lujosa cúpula, y una fuente en que, según fama, se lavaba los cadáveres antes de bajarlos al sepulcro. Pasa uno con cierto terror junto á las torres del Candil y el Agua. Camina entre escombros y no distingue en torno suyo sino quiebras, torrenteras y uno que otro arroyo que corre entre las piedras: ve aquí crecer la yedra, nacer allí la zarza, brotar más allá la higuera bravía del fondo de una grieta, matizar acullá las yerbas alguna flor salvaje; y todo le inspira temor y sobresalto. Tiende la vista buscando más halagüeños cuadros, menos sombrías perspectivas, y no descubre sino veredas solitarias, tristes, como el desierto, ribazos ásperos, torres que alzan también al cielo fúnebres coronas de almenas: quiere dejar las ruinas y no puede; desea calmar su fantasía y la siente por momentos más exaltada por los recuerdos y las leyendas que agrupa en torno de tan misteriosos monumentos. Se dirige involuntariamente hacia uno y otro torreones, pugna por entrar en sus medio destruídas salas,

(1) El nombre de esta torre es lo que ha dado pié á Martínez de la Rosa para componer su novela titulada *D.ª Isabel de Solis, reina de Granada*.

GRANADA



ALHAMBRA. — TORRE DE LOS PICOS

se esfuerza en distinguir la luz entre las tinieblas; pero ya no puede ver sino fantasmas de su imaginación, porque están las paredes desnudas, los techos caídos, y lo que subsiste amenazando ruina. Sale de ellas y encamina tal vez sus pasos á la torre de los Picos: ¡ah! la ve entera, con su homenaje completo, con sus pequeñas ventanas abiertas aún en forma de herradura, con su parda mole destacada sobre el risueño y pintoresco Generalife, y siente por de pronto explayársele el corazón; mas no tarda en recibir impresiones melancólicas al contemplarla sola, sentada en una pendiente áspera y revuelta, inmediata á las murallas de la Puerta de Hierro, de esa puerta que la tradición pobló de sombras y aterradoras visiones. Situados estos torreones en lugares incultos, parecen más que restos de un alcázar, monumentos funerarios erigidos á la memoria de héroes contra los que se alzó el destino; y tienen todos un aspecto lúgubre y solemne para el que los recorre con entusiasmo y presta atento oído al rumor del insecto sobre la yerba y á los suspiros del viento entre las grietas de los muros. Levántase el de los Siete Suelos entre floridas alamedas, y conserva también ese carácter. Las dos torres cuadradas que lleva sobre su enorme cubo, la rica vegetación que brota á sus piés cubriéndolo con el pomposo follaje de frondosos árboles, el pintoresco paisaje que forman á su espalda la puerta del Juicio y las Torres Bermejas sentadas en la cumbre de dos collados y dibujadas sobre la falda de la vecina sierra, toda la alegría que respiran sus alrededores no basta á templar el efecto melancólico que producen su solidez, su grandeza, el triste estado de sus muros medio destruídos y sepultados, las leyendas que la tradición ha escrito sobre sus piedras, los recuerdos de un rey desventurado que salió por su puerta al abandonar el palacio construído por los Alhamares.

Impresiones más agradables no es posible recibirlas sino en Generalife, en aquella mansión del placer y la ventura donde solían los reyes moros celebrar sus zambras hoy para embe-



ALHAMBRA. — PUERTA DEL HIERRO